

DRAMA NUEVO,

EN TRES ACTOS:

LAS MINAS DE POLONIA.

TRADUCIDO

POR D. MARIA DE GASCA Y MEDRANO.

PERSONAS.

Edubinski, *Palatino de Never.*
 Zamosqui, *Palatino de Sandomir.*
 Floresca, *Esposa de Edubinski.*
 Angela, *su hija, de edad de doce años.*
 Ragotz, *comandante de Cosacos.*
 Pedro, *hombre de mediana edad:*
Guía de caminos.

Duncana, *muger fina, amiga de*
Edubinski.
 Polasqui, *capitan de Polacos.*
 Comandante de Cosacos.
 Cosaco primero.
 Cosaco segundo.
 Comparsa de Aldeanos y Soldados.

La Escena es en el Castillo de Minski, á lo último del Palatinado de Sandomir.

ACTO I.

Salon Gótico, con puerta en el fondo: á la derecha una Otomana, 6 un Sofá; á la izquierda mesa y sillas. Aparecen Zamosqui, Ragotz y Cosacos.

Zam. **E**l fin, estás ya de vuelta?

Rag. Y cumplidos tus preceptos.

Zam. Traedme al punto á Duncana.
Vanse los Cosacos.

Rag. A este retiro le tengo, señor, por impenetrable; porque, si bien lo contemplo, ¿quién se podrá figurar que en un horrible desierto en el castillo de Minski, que está situado en el centro de los montes de Krapac, sufra duro cautiverio

Floresca, que es de Polonia el mas precioso ornamento?

Zam. Quién preguntas? mi rib al

su esposo, á quien aborrezco.

Rag. El Palatino de Never?

Zam. El mismo: ¿de mi secreto á pesar no descubrió

(bien que ignoro por qué medio) que ella estaba en Sandomir?

¿no hizo cuantos esfuerzos

puede el amor conseguir

á un enamorado pecho

para robarme un tesoro

tan apreciable? ¿por eso

no la he mandado traer

á este sitio, donde intento

que solamente la vean

las personas en que tengo

absoluta confianza?.....

mas qué me sirve todo esto?
 ¿de qué me sirve triunfar
 de mi rival si no puedo
 el corazon de Floresca
 reducir à mis afectos?
 madre amante y fiel esposa;
 en Edubinsqui y el tierno
 fruto de su union dichosa
 concentra sus sentimientos,
 toda entregada à la pena
 y la amargura de haberlos
 perdido por mi violencia:
 con el aborrecimiento
 mayor me mira..... ¡ay, Ragotz!
 naturaleza, à quien debo
 un impetuoso carácter
 y una alma ardiente, me ha hecho
 capaz de grandes acciones,
 pero de iguales excesos:
 correspondido mi amor
 de aquella à quien la profeso,
 mi alma hubiera exaltado
 ennobleciendo mi pecho
 é inflamando mi valor
 para gloriosos empeños;
 mas la pasion de Floresca
 por su esposo, y el desprecio
 con que me trata, obseuren
 la luz de mi entendimiento,
 y de puro enamorado
 voy rayando en el exceso
 de cruel..... ¡no hay situacion,
 no hay estado mas funesto
 que el de un corazon que ama
 desesperando el remedio!

Sale Dunc. Llamada por vos, señor,
 vuestras órdenes espero.

Zam. Como tengo una absoluta
 confianza en ti, pretendo
 que custodies un tesoro,
 que mas que mi vida aprecio,
 y es una muger.

Dunc. Su nombre?

Zam. Floresca.

Dunc. Válgame el cielo! *ap.*

¿Floresca à quien corresponde
 por legitimo derecho
 de Culmá el Palatinado?

Zam. La misma.

Dunc. Ya lo comprehendo.

Zam. Prendado de su hermosura,
 y siendo, como soy, dueño
 del rico Palatinado
 de Sandomír, no creyendo
 para enlazarme con ella
 encontrar impedimento,
 pedí su mano à su padre,
 él accedió mis deseos;
 pero en vano, pues ya entonces
 Floresca amaba en secreto
 al Palatino de Never,
 Edubinsqui, cuyos riesgos
 y valimiento en la corte
 unidos à los extremos
 con que Floresca à su padre
 anciano, débil y enfermo
 sedujo, fueron la causa
 de que el bien que yo apetezco
 poseyese mi rival:
 yo entregado à mi despecho
 me retiré à mis estados
 para tratar de los medios
 de vengarme: en ocho años
 no pude lograr mi intento;
 pero al fin, en una fiesta
 fui rapto del embeleso
 que aprisiona mis sentidos:
 en el castillo soberbio
 de Sandomír la oculté
 mas de un año, en cuyo tiempo
 ni finezas, ni regalos,
 ni amenazas parte fueron
 para vencer su esquivéz:
 acudí al violento medio
 de apartarla de su hija,
 y solo logré con esto
 añadir nuevos motivos
 para su aborrecimiento.
 Trató su esposo Edubinsqui
 con sus parciales y dandos
 de recobrar à Floresca.
 Mis estados invadieron;
 pero yo opuesto à su furia,
 y agitado de mis zelos
 amante y aborrecido,
 si encontré enemiga à Venus,

à Marte hallé favorable;
y entre otros, en un reencuentro
à mi rival venturoso
consegui hacer prisionero.
Arbitro de mi fortuna
y su vida fui, y queriendo
ver si rendia à Floresca
con generosos extremos,
à su esposo concedí
libertad y estado à un tiempo:
nada adelanté con ella,
y él acudió à cuantos medios
é invenciones cautelosas
cabén en humano ingenio
para recobrar su esposa;
pero no pudo obtenerlo,
pues siempre mi vigilancia
desvaneció sus intentos;
pero para precaverme
mucho mas, à este desierto
sitio he dispuesto traerla
y he ofrecido mil premios
à cualquiera que à su esposo
me trajere vivo ó muerto.

Dunc. Infeliz!

Zam. Me ha parecido,
Duncana, hacerte todo esto
presente para que entiendas
la importancia del secreto,
y la gran fidelidad
à que te obliga el exceso
de mi confianza.

Dunc. En varias
ocasiones os he hecho
conocer mi lealtad.

Zam. Su continuacion espero.
Ragotz, de tu diligencia
he quedado satisfecho:
sea esta corta fineza *le dá una sortija.*
preliminar de los premios
que te esperan; de las puertas
del castillo te encomiendo
la vigilancia: à ninguno
admitas, sin que primero
lo mande yo. Escucha aparte:
te encargo que estés atento
à quanto hiciere Duncana,
y si algo observas opuesto

à los intereses mios,
me darás aviso luego.

Rag. Descansad en mi obediencia.

Zam. Duncana, à tu cargo de
el disponer mi Cautiva
à recibir mis obsequios
sin repugnancia: procura
dulcificar su severo
desden: en fin, muger eres,
y te constan mis deseos;
si tú los consigues, cuenta
los tuyos por satisfechos;
pero advierte que Ragotz *en voz baja.*
es arrojado, avariento
y astuto; yo por ahora
lo necesito, mas quiero
que sus palabras y acciones
 observes, por si en su pecho
alguna intencion siniestra
encubre.

Dunc. Estad sin recelo,
que yo sabré penetrar
sus mas íntimos secretos.

Zam. Así uno à otro se observan,
y yo vivo con sosiego.

Rag. Lisongeando à Zamosqui
dominaré sus afectos,
y acabará de Duncana
muy prontamente el imperio.

Dunc. Malvado, pues siempre has sido
à mis ideas opuesto,
ahora de mi venganza
conocerás los efectos.

*Salen algunos Cosacos que conducen
desmayada à Floresca, la ponen en
el Sofá, y se van.*

Zam. Ponedla allí, y despejad.

Dunc. Aun de su desmayo en medio
está hermosa: socorrerla
es forzoso.

Rag. Yo no encuentro
necesidad semejante:
este desmayo es efecto
de un largo y penoso viage,
y se pasará muy presto.

Flor. Barbaro Zamosqui!... esposo!

Zam. Ya vá cobrando su acuerdo.
Yo me retiro. Vosotros

dirigid vuestros esfuerzos
à mitigar su dolor;
y sabed que estoy resuelto
à entregarla su hija amada,
por si de este modo puedo
templar de sus esquivaces
los rigores; y supuesto
que sabéis mi voluntad,
procurad su cumplimiento
con la mayor sumision;
y no queráis exponeros
à saber como castigo
ya que sabéis cómo premio. *vase.*

Flor. Ángela... mi amada hija...
y me la arrebatan!... cielos!
à dónde me conducis?

Se levanta y corre el teatro desaten-
adamente.

no, no; dejadme; yo quiero...
quién sois vos?... pero qué miro?

De repente se encara con Duncana y
Ragotz.

Te reconozco: estoy viendo
en tí al que me ha conducido
à este sitio; oh Dios inmenso!
que nunca me vea libre!
¡que siempre en el cautiverio
de mi vil perseguidor
he de arrastrar unos hierros,
que aunque fuesen merecidos
nunca fueran tan funestos!

Cubriéndose el rostro con las manos,
se deja caer sobre el Sofá.

Dunc. Desventurada! *enternecida.*

Quiere acercarse; pero temiendo á
Ragotz, se detiene.

Rag. Duncana *ap.*

se enterneca, según creo:
con el mayor disimulo
sondearé sus pensamientos.
Por cierto que esta muger
interesa.

Dunc. Ya te entiendo, *ap.*

mas no me descubrirás,
por mas que intentes hacerlo.

Rag. ¿Qué os parece à vos, Duncana,
de esa señora? en efecto
no es bastante desdichada?

Dunc. Y à mí qué me importa eso?

Rag. ¿Verse apartada de cuantos
pudieran darla consuelo!

Dunc. Tanto peor para ella.

Rag. ¿Estar sujeta al imperio
de un hombre, à quien aborrece

Dunc. No durará mucho tiempo.

Rag. De veras?

Dunc. Así lo juzgo.

Rag. Pues yo lo contrario creo.

Dunc. Muy bien puede suceder.

Rag. En verdad me compadezco
de esta muger.

Dunc. Pues yo no.

Rag. Pues qué ¿tendriais tan fiero
corazon, que no quisieseis
aliviar sus sentimientos?

Dunc. Qué he de hacer?

Rag. Sois muy severa.

Dunc. Lo seré porque no entiendo
sino de cumplir con ciega
obediencia los preceptos
de mi señor.

Rag. O me engaño
demasiado, ó soy muy necio,
ó esta muger me supera
en lo cautelosa; pero
muy fina tiene de ser
si su intencion no penetra.

Durante este aparte Duncana mira
con interés á Floresca.

Flor. Cualquiera que vos seais, à ella,
pues en vuestros ojos veo
pintada la compasion...

Dunc. Mucho os engañais por cierto:
yo solo hago mi deber,
y por nadie me intereso.

Rag. ¿Y por qué hemos de exceder
à Duncana con falsedad?

las órdenes que tenemos?
la intencion del Palatino
es que todos los deseos
de esta señora se cumplan;
y así mandad, que al momento
vereis como Ragotz deja
vuestros gustos satisfechos.

Flor. Perdonad, noble Ragotz,
si, equivocado el concepto,

de vos pude formar juicio
à la razon tan opuesto:
no tiene voluntad propia
el que reconoce dueño,
y si me habeis conducido
à este sitio, pensar debo
que vuestra obediencia solo
es interesada en ello;
pues la menor repugnancia
os pusiera à mayor riesgo;
pero ya que de mi estado
tan compadecido os veo,
y en vos encuentro tan nobles
cortesies ofrecimientos,
agradezco à mi destino
haber hallado en el centro
del crimen y del horror
una alma tierna, que viendo
las penas que me rodeas,
y los males que tolero,
ya que no pueda aliviarlos,
se digne compadecerlos.

Rag. Si gano su confianza *ap.*
es conseguido mi intento.

Dunc. Sabed que ese hombre es malvado.

aparte y con viveza.

Floresca se vuelve à mirar à Duncana, y ésta la hace con mucha prontitud una señal de inteligencia, de modo que no la vea Ragotz, el cual dichas sus últimas palabras procura observar à Duncana, la que vuelve à tomar ayre severo; Floresca los mira como sorprendida. Esto debe hacerse con mucha viveza.

Rag. ¿No me direis en qué puedo
con mucha suaviadd.

serviros? Dunc. La hija.

con mucha prontitud y disimulo.

Flor. Ragotz,

si el interés que os merezco,
es tan desinteresado

como imagino, yo os ruego

me digais si Angela mi hija

existe, si à este desierto

lugar tambien la han traído,

y si podré en algun tiempo...

Rag. Cuándo quereis verla?

Flor. Cuándo?

al instante, en el momento:
cuanto tardo en abrazarla
me lo reprehende el afecto
maternal. Dunc. Yo iré por ella.

Rag. No, Duncana, deteneos,
y no me quiteis el gusto
de hacer este corto obsequio
à esta dama. *vase.*

Dunc. Vete infame,
que eso es lo que yo apetezco.

Flor. Pues hemos quedado solas,
el que me expliqueis espero
la misteriosa conducta
que en vos estoy conociendo.

Dunc. Escuchad: vuestra prision
es el castillo soberbio
de Minski, que de Krapac
entre los montes excelsos
está situado. Ragotz
y yo el encargo tenemos
de observar vuestras acciones:

él complaciente y atento
se muestra por penetrar
vuestras ideas; yo os muestro
mucha esquivéz y aspereza;
mas vivid en el concepto
de que él complaciente os vende,
y yo esquivo os favorezco.

Flor. Si en nada os he obligado
de qué nace el favor vuestro?

Dunc. De vuestras adversidades
y mi reconocimiento.

Flor. En qué estriba?

Dunc. En que salvó
el honor y vida à un tiempo
vuestro generoso padre
al mio, que en sus postreros
instantes à su familia
la recibió juramento
de que siempre por la vuestra
se expondría à cualquier riesgo;
y así procuro cumplir
con tan religioso empeño.

Flor. O corazón generoso!

Dunc. Consolaos, que os prometo
perder la vida, ó sacaros
de este castillo, y ponerlos

en brazos de vuestro esposo.

Flor. Si mi gratitud...

Dunc. Silencio,
que alguien llega: el disimulo
sobre todo os encomiendo.

*Vuelve al semblante severo: y salen
Ragotz y Angela.*

Flor. Hija de mi corazón!
abrazándola.

¿es posible que te estrecho
en mis amorosos brazos?

Ang. Mamá, ¿por qué en tanto tiempo
no me has visto? pues que ¿ya
no me quieres? *Flor.* Embeleso
de mi vida, ¿yo podría
dejar de amarte un momento?
ah! no puedes comprender
los rigorosos tormentos
que nuestra separacion
me ha causado!

Ang. ¿Y cómo es esto
de no hallarse aquí contigo
mi padre?

Flor. Sagrados cielos! *llora.*

Ang. Lloras? sin duda me han dicho
la verdad.

Flor. Quién? *Ang.* Los perversos
que me han tenido encerrada;
pues todos los días, luego
que despertaba, pedía
me llevasen á mi tierno
y buen amigo; y entonces
unas voces como truenos,
que toda me estremecian,
decian: tu padre ha muerto:
y mi madre?... nunca á verla
volverás: al oír esto,
lloraba á todo llorar,
y me reprehendian ellos,
como si un hijo pudiera
olvidar sus padres tiernos:

Flor. O cuánto me lisongan
abrazándola.

tus amantes sentimientos!

Ang. Pues una vez que me hallo
á tu lado, jamás vuelvo
á dejarte: no es verdad?
defiéndeme de esos fieros

hombres, aunque en separarme
de tí te empeñen de nuevo.

Atiende, tú, que pareces á *Ragotz.*
el principal: yo te ruego
que con mi madre me dejes,
verás que te lo agradezco,
y que te doy mil abrazos
con todo que eres tan feo.

Dunc. Qué preciosa criatura! *ap.*

Rag. Pues yo, Angelita, te ofrezco
dejarte con tu mamá.

Ang. Muy bien sabrás que es horrendo
delito el mentir.

Rag. Lo sé. *Música.*

Ang. Ola! suenan instrumentos:
no oyes, querida mamá?
dime tú sabes que es esto? á *Ragotz.*

Rag. Varias gentes que por orden
del Palatino mi dueño,
procuran con la armonía
divertir los pensamientos
de tu mamá. *Flor.* Pues decidle
que no se canse en mi obsequio;
porque nada habrá que pueda
disimulir el despecho
y horror que me inspira sola
la idea de que el adverso
destino á vivir me obligue
donde vive hombre tan lleno
de iniquidad y tan digno
de todo mi menosprecio.

Dunc. Por Dios que disimuleis. *bajo.*

Ang. Haz que vengan aquí dentro
los músicos, mamá mía:
mira, yo este día quiero
celebrar como una fiesta,
pues de verte el gusto tengo.

Flor. Y yo el de cumplir el tuyo:
lleguen.

Ang. Entrad al momento.

*Traen algunos Soldados una mesa ri-
camente cubierta. Ragotz y Duncana
hacen señas á Floresca corvidándola
á que tome algun alimento, y ella se
niega. Angela se acerca á la mesa, to-
ma algunos regalos, y come; al mismo
tiempo salta y brinca, y luego toma un
plato, y le ofrece á su madre diciendo;*

No quieres? pues haces mal; porque es muy rico; estoy viendo que los Aldeanos reparan en mí mucho; yo recelo que tienen hambre; los pobres querrán comer de lo mismo que yo como, y querrán bien.

Toma algunos platos con dulces ó cosas semejantes, los ofrece à los Aldeanos, y ellos manifiestan que por respeto no se atreven à tomar, de lo qual Angela enfadada se acerca à Ragotz y le dice:

Oia! ola! Cómo es esto? conque tú me has engañado? me dijiste, habrá un momento que estas gentes nos vendrían à divertir; pero veo que hacen todo lo contrario; pues de cuanto les ofrezco nada quieren admitir, y eso es hacerme un desprecio.

Rag. No es sino veneracion: vaya, amigos, el respeto cese, y tomad sin reparo lo que Angela os dá.

Ang. Me alegro.

Coge todo cuanto puede, y lo reparte de modo que la mesa en un instante queda vacía.

Cuánto comen! y qué aprisal? No te diviertes de verlos, mi mamá? vamos, ahora me hareis el gusto de veros baylar como acostumbrais en esta tierra? vá bueno, *hacen señas que sí.*

dicen que sí? pues que sea pronto, pronto: despachemos.

Se sienta junto à su madre: los demás ejecutan algunos pasos caprichosos, segun el país, y forman unos Grupos grotescos. Cuando pareciere oportuno Angela se levanta, se pone en medio de todos, y dice:

Ahora es mucha razon que yo bayle; porque quiero ver si mamá se divierte de algun modo: yo no entiendo

eso que haceis. Si os parece que lo que baylo no es bueno, cerrando todos los ojos, os escurais lo molesto.

Hace varios pasos de pantomina, manifestando à su madre su ternera, à quien luego que concluye, abraza estrechamente, y despues dirigiéndose à los demás les dice:

Perdonad, amigos míos, que mas escuela no tengo que las del cariño.

Ped. Prima? *dentro.*
prima?

Flor. Qué puede ser esto

Dunc. Esta es la voz de mi primo.

Ped. Ola! ola! ¿cómo habiendo *sale.* aquí jolgorio, ninguno me ha dicho palabra?.. pero qué buena moza! quién es?

Dunc. Nada te importa saberlo.

Flor. Este es vuestro primo?

Ped. Sí señora; todito entero del talon al colodrillo soy su primo; y à mas de eso soy el hombre mas alegre del contorno.

Ang. Cómo es eso?

Ped. Como de este castillo al rededor à lo menos en tres leguas nadie vive sino es el buen tio Pedro, que soy yo; se entiende, de hombres, que animales, estoy viendo tantos, que ando todo el dia à bofetadas con ellos: vos no conocéis sin duda este país: es soberbio: os divertiréis en verle, si gustais de ver horrendos precipicios espantosos, cabernas, bosques inmensos, montes, peñascos, demonios... qué se y? pues lo que es. yelos, nieves, granizos, ventiscas y tempestades de truenos y rayos, es bendicion el regalo que tenemos,

y sobre todo unos osos
tan mansos, tan alhagüenos,
que à cualquier hombre se tragan
como si fuera un buñuelo:
el que una vez llega aquí,
ya se puede dar por muerto
para todos los demás
del mundo.

Flor. Qué decís?

Rag. Pedro? *con voz terrible.*

Ped. Pues qué miento en lo que digo?

¿quién sabrá mejor todo ello
que yo, que soy el que guía
à todos los extranjeros?
sí, señora, y á serviros
con todo estaré dispuesto:
con escribirme dos letras
vendré al punto à obedeceros.

Rag. Acabarás?

Ped. Sí, ya acabo.

Como digo de mi cuento,
si quereis yo os guiaré
donde quisierais: podremos
caer en alguna sima
ó tener algun tropiezo
con algun oso en ayunas
que nos escuse el entierro;
pero sino os llevaré
à cualquier parte sin riesgo.

Rag. Nadie aquí te necesita
para nada: habrá tal necio!
Ea, márchate al instante.

Ped. No he perdido el viage, cierto
que me ha regalado bien
un valiente hombre extranjero
que he guiado á la presencia
de mi amo, y si bien me acuerdo
le ha traído la noticia
agradable de que ha muerto
su enemigo el Palati...

Rag. Infame! viven los cielos
que te mate, si prosigues.

Flor. ¿Qué pavorosos recelos
me han inspirado estas voces?

Ped. Pues si no quere saberlo
para qué me lo pregunta?

Rag. Vete de aquí.

Ped. Quién? yo?

Rag. Presto.

Ped. Yo?

recalcado.

Rag. Pues quién?

Ped. Pudiera ser

otro cualquiera, y me alegro
de ser yo solo el mandado
que à un hombre tan rostituerto
y tan, tan, tan... por no verle
se puede ir uno al infierno. *vase.*

Sale Zam. Qué voces aquí sonaban?
mas nada digas, ya entiendo
lo que habrá podido ser.

Rag. Señor?

Zam. Idos al momento

todos, y oye tú, Duncana;
en tanto que yo prevengo
à Floresca para darla
una noticia, te advierto
que hallarás en este cuarto
inmediato al mensagero
que ha venido à darme parte:
hazle compañía, y luego
que yo te llame à este sitio
entra con él.

Dunc. Obedezco. *vase.*

Floresca quiere seguirla y la detiene
Ragotz.

Zam. Esperad vos.

Flor. No reñis
para mandarme derecho.

Zam. Pero para suplicaros
que me escuchéis sí le tengo.

Flor. De vuestras persecuciones
cuándo cesará el tormento?

Zam. Muy bien sé, Floresca hermosa,
que vuestro rigor merezco;
pero de vuestros desdenes
han nacido mis excesos:
confiado en la palabra
de vuestro padre, alimento
dí á una pasión infeliz;
y cuando de poseeros
se acercaba el dulce instante,
me ví abatido y pospuesto
al Palatino de Never;
fuiстеis su esposa, mis celos
y mis agravios armaron
mi venganza: era un empeño

muy superior à mis fuerzas
veros en brazos ajenos;
por fin, me dieron las armas
lo que no vuestros afectos;
y es veros en mi poder:
sabeis que pudo mi acero
acabar con vuestro esposo,
no lo hice por no ofenderos:
su estado y su libertad
me debe, y en pago de esto
jamás deja de poner
en práctica cuantos medios
la cautela le sugiere
para libraros: por eso
aquí os he traído á donde
nadie, sin haber yo muerto,
os pueda dar libertad,
y espero que con el tiempo
moderareis un desden
que no se cómo vencerlo.

Flor. No llameis desden á un odio
declarado: os aborrezco
con todo mi corazón.

Zam. Es indigno sentimiento
de una alma noble.

Flor. No hay duda:
pero cuando es el objeto
la misma perversidad,
es deuda el odio.

Zam. Yo espero,
aquí donde nadie puede
de mi poder defenderos,
donde cualquier gusto mio
es inviolable precepto,
trataros con tal agrado,
veneracion y respeto,
que compitan mis finezas
con vuestro aborrecimiento.

Flor. Finezas aborrecidas
son agravios manifiestos,
y el perseguidor injusto
de mi familia, en mi pecho
nunca se hará otro lugar
que el que le da este concepto.

Zam. Borrarle procuraría
mi atencion; y yo os prometo
que hasta haberlo conseguido
no os hablaré de mi afecto.

Flor. Haréis bien, porque sería
añadir materia al fuego.

Zam. Aun el gusto de miraros
dejaré por no ofenderos.

Flor. Si pudieseis obligarme,
acertabais con el medio.

Zam. Medios habrá de obligaros,
que al continuado golpeo
del agua cede el peñasco
mas duro; en fin, señora,
esta fortaleza...

Flor. Templo
será de la iniquidad
mientras la habite un perverso,
encenagado en el crimen.

Zam. Floresca, yo os amo; pero...

Flor. Romped el dique al enjao,
que vuestras iras desprecio.

Zam. Mientras conserve esperanza
de obligaros y venceros,
podré muy bien no entregarme
á mi carácter violento;
mas si acaba la ilusion,
si desaparece el velo

con que me llevo á engañar,
y en fin, cuando sin remedio
me vea ya convencido

de que en vuestro duro pecho
nunca puedo tener parte,
abandonando lo atento,
de mi celoso furor
conocereis los efectos.

Flor. Cuando la muerte es lisonja
à todo se pierde el miedo.

Zam. Hay tormentos mas crueles
que la muerte.

Flor. Todos ellos
mientras que viva mi esposo
sabré firme padecerlos.

Zam. Y si no existiese ya?

Flor. Qué escucho?... sagrados cielos!...
si no existiese... sería
posible? decid, ha muerto?

Zam. Si, señora, en un combate.

Ang. Mi padre! mi padre tierno,
mi buen amigo...

Flor. Hija mia,
no tan pronto al desconuelo

te entregues, que esta noticia es, sin duda, fingimiento.

Zam. Por mas que Edubinsqui fuese mi ribal, siempre hice aprecio de su valor, y sus prendas; pero aseguraros puedo que en Min ki se halla un testigo de su muerte.

Flor. Si algo os debo, permitid que yo le vea.

Zam. Os asigüreis.

Flor. Yo os ruego...

Zam. Qué decis? Rogar? yo solo nací para obedeceros.

Duncana? una víctima noble

Comparece Duncana, y á una seña de Zamosqui se retira; este vuelve adonde está Floresca, continúa:

de su denodado aliento aseguran que murió.

Edubinsqui combatiendo con el gefe de un castillo de mis dominios; creyendo que allí estaba, procuró entrar, y fue descubierto; resistió desesperado con algunos de sus deudos y parciales; pero al fin murió, y en sus postrimeros instantes manifestó un entrañable deseo de que un retrato, y un rico anillo para recuerdo...

pero el mismo que los trae, bajo mi consentimiento, os dará mejor noticia.

Flor. Pesares, disimulemos: yo he de hacer que este vil pruebe todo mi resentimiento.

Salen Duncana y Edubinsqui disfrazado con una espesa barba, y una ancha pellica que cubren sus vestidos.

Zam. Veámos á donde alcanza el temerario ardimiento de un hombre amante. Polaco, á tu presencia estás viendo á la viuda de Edubinsqui, llega, pues, y los deseos

cumple de tu buen señor.

Edubinsqui se acerca á Floresca, y saca de su seno una sortija: Duncana está situada entre él y Zamosqui: asegurado de que no le miran toma la mano izquierda de Floresca, la pone sobre su corazon, luego le pone en el dedo la sortija, haciéndola al mismo tiempo seña de que se reprima; pero Floresca lo examina, lo reconoce, y sin poder contenerse, exclama:

Flor. Cielos, mi esposo!

Dunc. Qué es esto?

Floresca, que ha conocido su imprudencia, queda inmóvil y confusa: Duncana muestra en su rostro sospecha de la verdad. Zamosqui se manifiesta tranquilo, y Edubinsqui sacando con disimulo su retrato; y volviéndose á Zamosqui se lo presenta.

Zam. Ya veo que es el retrato de Edubinsqui.

Floresca, aprovechándose de este pretexto para reparar su error, toma el retrato de las manos de Edubinsqui, lo besa varias veces, y dice:

Flor. Amado dueño,

Como que habla con el retrato, pero manifestando en algun modo que habla con su esposo.

es posible que de verte recibo el gusto? ay consuelo de mi vida, si supieras lo mucho que yo pádezco!

Zam. Es imposible sufrir, aguantar celos no puedo.

Flor. Mas yo te seré leal eternamente.

Aug. Yo quiero besar tambien el retrato de mi buen amigo.

Flor. El cielo, que no siempre inaccesible se ha de mostrar á mis ruegos, dispondrá que me rena contigo.

Zam. No, por cierto, con ferocidad no permitirán que triunfen

la perfidia y fingimiento:
temerario, pues podias
presumir que mis reselos
dejarian de expiar
tus mas leves movimientos
y acciones? si, yo he sabido
tu resolucion: confieso
no te ereía capáz
de tan loco atrevimiento:
tú por tí mismo has venido
à tu sepulcro.

Edu. Primero

*Arrojando pronto baston y pellica, y
desembaynando.*

verás tu muerte.

Dunc. A llamar
la guardia voy.

Flor. Deteneos.

Edu. Le hallarán hecho pedazos.

*Angelay Floresca detienen á Dunca-
na, la cual con señas manifesta que
aquello conviene, entre tanto los dos
combaten con alternativa ventaja has-
ta que Edubinski cae en tierra. Zamo-
squi vá á traspasarlo, y Floresca
se pone en medio para reparar el gol-
pe. Angela tira por detrás de su pellica
á Zamosqui: los Cosacos entran y se a-
poderan de Edubinski. Duncana de-
trás de todos levanta al cielo las ma-
nos, y Ragotz á un lado con la espada
desnuda muestra su alegría, de modo
que forme un tabló agradable.*

Flor. Zamosqui, á tus pies te ruego
que la vida le concedas.

Zam. Está bien: se la concedo;
pero será para darle
y à tí tambien mil tormentos
que os hagan apetecible
la muerte: soy todo extremos:
amo con toda mi alma,
y con todo le aborrezco.

Edn. Solo un bárbaro tirano
como tú, diera tal premio
à una accion, que aunque me expone
à tu vil resentimiento;
nace de un noble principio;
tú mismo allá en lo interno

de tu corazon la apruebas,
la alabas, y aun decir debo
que la envidias porque no eres
capáz de tan alto esfuerzo.

Zam. A tu desesperacion
de esta manera contesto.
*Duncana, Ragotz, al punto
preparaos, disponeos*

para servir mi venganza.
Dunc. Descansa sobre mi celo:
pronto se arrepentirán

los dos de su atrevimiento.
Zam. Ragotz, esos tenebrosos
abismos ha tanto tiempo
sin egercicio, esas minas,
en cuyos lóbregos senos
sempiterna noche habita,
sean su prision; y luego...
oye aparte, por si acaso
los parciales y los deudos
de mi ribal determinan
de algun modo sorprendernos,
harás que sobre el castillo
se despliegue el primer tercio
de Cosacos que à la falda
está del monte.

Rag. Bien presto
te verás obedecido.

Zam. Ea, pues, conduce luego
a los tres á su destino.

Flor. Si algo contigo merezco...

Zam. Se acabaron las finezas,
solo á mi venganza atiende,
à aborrecer me enseñaste,
quiero seguir tus egeмпlos.

Flor. A tus pies... *de rodillas.*

Edu. Muger, qué haces?
es posible que te veo
à los pies de un criminal
deshonor del universo?
de esta suerte te envileces?
tanto en tí de los tormentos
puede el temor, que te olvidas
del tuyo y de mi respeto?
muere firme; mas no incurras
en tan vil abatimiento.

Flor. Si miras que me degrado,
de esposa y madre el afecto

me disculpa; no por mí ni por
la humillacion desciendo.

Edu. No se ha de comprar la vida
por abominables medios.

Flor. Yo sé morir como nadie
podrá imitarme.

Zam. Veremos como dura esta firmeza
al examen del tormento.

Dunc. Eso sí, sufran, padezcan
y mueran á los aceros
de un continuado dolor
mas cruel quanto mas lento.

Zam. Llevadlos, pues, que su vista
me es insufrible:

Ragotz y soldados llevan á *Angela*,
Edubinsqui y *Floresca*, á la que antes
arrimándose *Duncan* con disimulo la
aprieta á la mano, y la dice:

Dunc. Aliento que no me descuidaré.

Zam. Agradezco mucho el celo
que ven servirme manifiestas:
cuanto valgo, quanto tengo
será tuyo, si me ayudas
á conseguir mis intencos.

Dunc. No lo esperes, que *Duncan*
aborrece tu perverso
corazon; y aunque no fuera
por defender los derechos
de la inocencia oprimida,
se opondria á tus deseos
para cumplir con la deuda
de un noble agradecimiento.

ACTO II.

*El teatro representa lo interior de una
mina cortada en arcadas que por todas
partes se prolongan hasta perderse de
vista: á la izquierda frente del segun-
do plan hay una especie de pilar gro-
samente cortado que sirve de pun-
to de apoyo á dos arcadas, la que
está á la izquierda entre el bastidor y
el pilar se juzga que comunica con el
castillo por medio de los subterráneos
y está cerrada con una puerta de rejas:*

*en medio del techo en el cuarto pla-
hay un agujero que sirve de abertura á
la mina: en medio de este agujero hay
un madero perpendicular con escalones
ó peldaños para subir y bajar: al pie
del madero hay una reja orizontal que
cierra la comunicacion á la mina por el
piso interior. Por la abertura de la mi-
na y por el madero bajan dos Cosacos de
los cuales el uno trae una antorcha ó
hacha encendida, y el otro un sable des-
nudo, amenazando la cabeza de *Edu-
binsqui*, á quien descuelgan en una ces-
ta con los ojos vendados: luego que han
llegado abajo, *Ragotz* manda al Cosaco
de la hacha que encienda una lampara
colocada detrás del pilar, de modo que
el interior de la mina se alumbré de una
manera pintoresca. *Edubinsqui* se qui-
ta el velo que le cubre los ojos, y queda
atónito del horror que le inspira el sitio;
Ragotz reconoce la mina.*

Cos. Pues el sitio habeis ya visto,
decid si aquí el preso queda.

Rag. Tú, que conoces mejor
este lugar de tinieblas,
qué opinas?

Cos. Que si le dejan
aquí, se le pueden dar
una y mil enorabuenas,
porque el parage es alegre,
cómodo, sano....

Rag. Tú piensas
qué á mí me gustan las chanzas?

Cos. Yo, señor, hablo de veras;
pues comparada esta estancia
con la inferior, se pudiera
reputar por un palacio;
y en fin, aquí es donde encierran
á las mugeres.

Rag. Qué dices?

Cos. No admiro que ignoreis estas
cosas, pues ha poco tiempo
que servís en las banderas
del Palatino: este, pues,
recluye aquí las bellezas
que su voluntad resisten,

y suele venir á verlas por esa puerta de hierro que tiene correspondencia con el castillo, y yo pienso que aquí traerán á Floresca.

Rag. Pues según eso, su esposo es preciso que descienda á la parte inferior; pues no podrán de esta manera verse ni hablarse; y yo quiero dar al Palatino pruebas de que hago cuanto es posible para el tormento, y la pena de dos personas que quiere que lentamente perezcan.

Cos. Muy bien hecho.

Edu. Hombres crueles, está dada la sentencia contra mí?

Rag. No falta mucho.

Edu. Cuánto tardais en ponerla en ejecución?

Cos. No he visto á nadie con tanta prisa para ser atormentado.

Edu. Para mí la mayor pena es estar viendo malvados.

Cos. El remedio es fácil: cierra los ojos.

Rag. Véndaselos y excúsale que nos vea.

Edu. Yo no lo consentiré.

Rechaza al Cosaco que se le acerca.

Cos. Déjate de resistencias, y te irá mejor: ¿teneis vos la llave de la reja?

Rag. Sí.

Cos. Pues venga y abriré.

Abre la reja horizontal.

Tú, bien será que precedas con la luz, y luego el preso, que yo iré detrás: paciencia amigo, y obedeced.

Edu. Aunque el hondo abismo fuera adonde me condugeseis, no veriais mi firmeza alterada, porque siempre va conmigo mi inocencia.

Por los escalones del madero que sirve de centro á la reja, baja el Cosaco con la hacha, y le sigue Edubinski, y el otro Cosaco dice:

Cos. No hay necesidad de que vos bajéis, porque pudierais maltrataros. Rag. Tardareis?

Cos. En qué? en una diligencia que se hace en cuatro minutos?

Rag. Pues baja. Cos. Sea enhorabuena.

Baja el Cosaco: Ragotz queda apoyado el brazo en el madero mirando abajo por la puerta de la izquierda que comunica al castillo, salen Floresca y

Duncana: está sobre la reja.

Dunc. Seguidme, amada Floresca:

este es el sitio horroroso en que habeis de vivir presa; vuestra custodia á mi zelo

el Palatino encomienda, y yo tan vil comision jamás aceptado hubiera,

á no ser por la esperanza de libraros: como quepa en lo posible, contad

vuestra libertad por cierta, no os desaniméis, que yo de situacion tan severa

con poderosos auxilios dulcificaré las penas.

Todo esto lo dice Duncana con mucha dulzura, y como sosteniendo á Floresca á quien conduce hácia un banco de piedra que habrá donde parezca mas

cómodo para la accion.

Rag. Ruido se escucha.

Se adelanta como para registrar.

Dunc. Ragotz

está aquí: mudar de idea conviene.... vamos, madama, con aspereza.

que no estoy para oír quejas, y el pretender ablandarme es pedir al campo estrellas.

La rempuja torpemente hácia el banco, y luego volviéndose á ella con las manos juntas, y con mucha expresion la dice con disimulo.

Ah! perdonadme, señora,
que es precisa esta violencia.

Rag. Con mas blandura, Duncana,
que no es Zamosqui una fiera
para querer que sus presos
se traten con tal dureza.

Dunc. Quién os mete á vos en eso?
yo haré lo que me parezca
conveniente.

Rag. Esta muger *ap.*
tiene el corazon de piedra.

Dunc. Esa es vuestra habitacion;
*Mostrándole una concavidad de pe-
ñas á la derecha.*

yo me encargo de que en ella
encontreis lo necesario
y no mas. Rag. Pero á una dama
de tanta delicadeza...

Dunc. Os repito que no gusto
de que ninguno se meta
en lo que es mi obligacion;
atended solo á la vuestra.

Rag. Señora, estad persuadida á *Flor.*
á que si en mí consistiera...

Dunc. Madama no necesita *ruido.*

vuestro favor: y pues suena
ruido en la parte inferior,
mejor sería que fuerais
á informaros de la causa,
pues que con vuestra cabeza
respondeis de cuanto ocurra
allá abajo. Rag. La advertencia
estimo: si acaso el preso

Llegándose al madero.

revelársenos intenta?
pero de cualquiera modo
importa allá mi presencia. *baja.*

Duncana, *apenas se oculta Ragotz
acude á la abertura, y se pone
á observar.*

Dunc. Vete. Ya ha llegado abajo,
y parece que se aumenta
el ruido: aquí necesito
de toda mi diligencia.

Vase por donde ha salido.

Flor. Qué pavorosa mansion!
Duncana?... tambien me deja;
pero todos los esfuerzos

de una amistad, qué pudieran
contra el desvelo de cuantos
enemigos me rodean?
hija! esposo!... conque ya
no es dado que á veros vuelva?
el implacable Zamosqui
para siempre, oh Dios! ordena
que nos separen... con cuanta
exactitud y presteza
sus órdenes se han cumplido!
ó amargura! ó noche eterna!
ó tormento de tormentos!
Se deja caer agoviada de dolor.
desventurada Floresca!

*Duncana trae de la mano á Angela:
observa rápidamente si le pueden sor-
prender, corre hácia Floresca.*

Dunc. Abrazad á vuestra hija.

Flor. Angela! *abrazándola.*

Dunc. Vuestra terneza
moderad; conozco que
para una madre no hay pena
como el verse separada
de su hija: aquí la vuestra
se queda, yo volveré
cuando importare, por ella;
mas tened mucho cuidado
de que ninguno la vea.

Flor. Pero vuestro dueño...

Dunc. El dueño
que á mí me rige y gobierna
esta aquí. *señalando el corazon.*

Flor. Pero Zamosqui...

Dunc. Me manda
perseguiros pero ordena
mi corazon que yo pague
de mi gratitud la deuda.

Flor. O generosa muger!

Dunc. Recelo que nos sorprendan:
á Dios.

Ang. Y que no me abrazas?

*Duncana, que está ya en la puerta de
hierro, vuelve á la voz de Angela, y
viéndola con los brazos abiertos, corre
á abrazarla y á Floresca. Suenan dos
toques de trompa de caza bajo.*

Dunc. Los dos toques manifiestan
que suben.

Por la abertura de la reja horizontal se ven las luces de los que suben: Duncana lleva á Angela, y la esconde en una cavidad que está entre el pilar y la reja, y luego desaparece y cierra la puerta de hierro, diciendo antes.

En este hueco está bien: à Dios, que llegan. *vase.*
Suben Ragotz y los Cosacos, de los cuales uno cierra con llave la reja.

Flor. Y yo no lo olvidaré por lo que importarme pueda.

Rag. Y la llave?

Cos. Veisla aquí.

Rag. Pues idos enhorabuena.

Un Cosaco da dos toques de vocina, ó sino de trompa, sube la cesta, y luego ellos por el madero.

Esta muger me enamora, y para haber de vencerla, me es fuerza seguir un rumbo que enteramente difiera el que ha seguido Zamosqui: interesarme en sus penas, el lisongear su dolor, es la mas segura senda del acierto: ella imagina que para siempre se encuentra separada de su hija y su esposo; conque es fuerza que dándola yo esperanzas de verlos, me lo agradezca; yo me guardaré muy bien de cumplir lo que prometa, que no han de faltar pretextos con que disculparme pueda: poco à poco ganaré su confianza; y pues de esta hasta el amor, solamente un paso dicen que media, no es difícil franquearlo: de Duncana la presencia solo temo: ella parece tan inflexible y severa en cumplir su obligacion, que seria diligencia peligrosa el intentar seducirla: la cautela

es el único recurso que puede librarme de ella; yo lo dispondré de modo que llegue á descomponerla con Zamosqui; y de este modo yo solo seré el que tenga la obligacion de cuidar de la hermosa prisionera: esto ha de ser; nada logra aquel que á nada se arriesga.

Durante este monólogo Ragotz maquinamente se sienta sobre un banco que estará al pie del pilar, se quita la trompeta y gorna y las deja sobre el banco, y juntamente la llave de la reja horizontal. Floresca lo advierte, y luego que Ragotz se levanta hace señas á su hija de que oija la llave, y abra la reja. Angela lo hace con el mayor disimulo, y se llegan al pie del madero.

Os parecerá este sitio espantoso? Se encamina á Floresca.

Flor. Pues no es fuerza?

Rag. Si, á lo menos no estuvieseis separada de las prendas dulces de vuestro cariño.

Flor. Entonces para mí fuera jardin de delicias lleno, este lugar de tinieblas.

Rag. Vuestro esposo está á mi cargo. Angela hace esfuerzos para abrir: se oye el ruido de la primera vuelta de la llave. Ragotz vuelve la cabeza como receloso, y Floresca temerosa que repare en su hija, le dice con la mayor dulzura.

Flor. Me dejai? no os interesa mi situacion? Rag. Me lastima: á no estar solos, creyera... *vase.*

Flor. Conque mi esposo depende de vos? qué angustia tan fiera!

Rag. Y de vos depende el verle cuando gustareis.

Flor. De veras?

Rag. Si señora. Flor. Pues hablad, porque me hallareis dispuesta á cualquiera sacrificio.

Durante este diálogo, Angela saca la llave de la cerradura, la deja en el mismo sitio y se esconde.

Rag. O cuánto me lisonjea este principio!

Flor. Decid, no me tengais mas suspensa, qué he de hacer?

Rag. Agradecer...

Flor. En pechos nobles es deuda la gratitud.

Rag. Y ayudarme, para que Duncana sea alejada de estos sitios; pues se opone su presencia á mis designios.

Flor. Lo creo.

Ah traidor! *ap.* pero esa empresa me parece muy difícil, porque creo que es la entera confianza de Zamosqui Duncaña.

Rag. Aunque lo sea, ayudareis mis designios?

Flor. En cuanto de mí dependa, por qué no?

Rag. Pues eso basta: á Dios, hermosa Floresca: pronto volveréis á verme, y espero traer os buenas noticias. Que bien me entere

Coge la gorra y llave.
de estas minas, me encomienda el Palatino, y ahora al favor de esta linterna quiero registrarlas todas; y entre tanto acá en mi idea iré preparando medios para que Duncana pierda su favor; á Dios, señora. *vase.*

Flor. El os guarde.
Floresca observa la idea de Ragotz, y cuando le considera ya léjos, corre á abrazar á su hija.

Amada prenda;
hija de mi corazón,
bendiga Dios tu agudeza:
bien me entendiste.

Ang. Pues no queriais que os entendiera?

Flor. Qué peligro tan terrible! mas la reja?

Ang. Ya está abierta.

Angela y Floresca levantan la reja, se ponen á hablar, dirigiendo la voz á la parte interior.

Flor. Edubinsqui, esposo amado?

Ang. Padre mio?

Flor. Ven apriesa,

ven á abrazar á tu esposa y á tu hija... mas ya llega.

Sube Edubinsqui por el madero y abraza tiernamente á su hija y su esposa á un tiempo, formando un grupo agradable.

Edu. Es posible que mis brazos amorosos os estrechan? hija... esposa... mas decid, estamos solos en estas mansiones de horror?

Flor. Ragotz las registra, pero es fuerza que la luz que lo dirige nos avise de su vuelta.

Edu. Sin embargo no expongamos vuestra vida á contingencias fatales: por dónde fue?

Ang. Por aquella obscura cueva.

Edu. Pues ponte en observacion y á cualquier ruido ó cualquiera vislumbre...

Ang. Basta: lo entiendo.

Edu. Mas á quien debo, Floresca, la dulce satisfaccion de veros? Flor. A tu hija tierna principalmente.

Edu. Ah! si el fiero Palatino no me hubiera descubierto hoy mismo, hoy mismo cesado habrian las penas que nos afligen.

Flor. Pues cómo?

Edu. Doscientos hombres de entera confianza, y de un valor experimentado quedan en las montañas vecinas

al castillo, los gobierna,
el valeroso Polaski,
y tan solamente esperan
que yo les indique el modo
de lograr una sorpresa,
y cuando no, de asaltar
el castillo á viva fuerza;
pero preso en este sitio
espantoso, no me queda
arbitrio para avisarles
de mi desgracia funesta,
y notando mi tardanza,
abandonarán la empresa,
dejándonos en poder
del tirano: ó quien muriera
mil veces antes de verse
objeto de tan adversa
fortuna! todo me falta,
todo auxilio se me niega.

Flor. No desconfies: que aun hay
quien de nosotros se duela.

Edu. Y quién es?

Flor. Una muger
generosa que se arriesga
por nuestro alivio á la muerte:
Duncana.

Pedro. Esperad, esperad.
Arriba cantando.

Flor. Mas qué voz suena?
Pedro baja cantando por el madero:
trae una cesta en el brazo: Angela y
Edubinsqui se ponen tras del pilar; pe-
ro de modo que puedan ser vistos: Flo-
resca está á un lado á la izquierda del
teatro, y todos prestan atencion á las
palabras que canta Pedro, como inter-
pretando su sentido.

Pedro. "Tristes habitantes
"de esta soledad,
"que tantas desdichas
"experimentais;
"en la providencia
"mil recursos hay.
"Esperad, esperad.

Flor. Pedro el primo de Duncana
es este; ya no me queda
temor ni recelo alguno
de que aquí juntos nos vean.

Ped. " Si en el feliz tiempo
"de prosperidad,
"de nuestra familia
"la oalamidad
"generosamente
"hicisteis cesar.
"Esperad, esperad.

Flor. Sin duda habla con nosotros
el sentido de la letra:
pues vos aquí, Pedro amigo?

Ped. Pues qué maravilla es esta?

Flor. No temeis?

Ped. Lo que cualquier
hombre honrado es bien que tema,
que es pasar plaza de ingrato:
mi prima, pues, me encomienda
que os diga...

Flor. No, no prosigas,
que la luz que reberbera
en aquella obscuridad,
claramente manifiesta
que vuelve Ragotz.

Ped. Ragotz?
ahí es una friolera;
pero no hay que desmayar:
escondeos con presteza
vosotros, y vos, señora
convenid en cuanto pueda
adular á ese bribon. *se esconden.*

Sale Ragotz. Apagaré la linterna,
y escucharé lo que dicen,
que extraño el que Pedro venga
á las minas.

Ped. Pues, señora,
os puedo afirmar de veras
que en el capitan Ragotz
concurren ilustres prendas:
es muy noble, un bribonazo, *ap.*
y podeis tener entera
confianza de él: lo mismo *ap.*
que de mi difunta abuela,
y aunque dicen que es severo,
tanto á las damas respeta
y sirve, principalmente
cuando afligidas se encuentran,
que todas su bizarría
y buen corazon celebran.

Rag. No es este Pedro tan simple

- como indica la apariencia.
- Ped.* Confíadle vuestros males, como si un hermano fuera... pero vos... señor... *turbado.*
- Rag.* Prosigue, que las alabanzas suenan muy bien en boca de un hombre que de sencillo se precia.
- Ped.* Me parece que no he dicho cosa que no sea cierta.
- Flor.* Y en mí, para persuádirme à verdad tan manifiesta, el testimonio de Pedro era demás.
- Rag.* No creyera deberos tanto favor.
- Ped.* Pues no es tanto como piensas. *ap.*
- Rag.* Pero à qué has venido aquí?
- Ped.* Por cierto pregunta bella! bien claro se advierte: vaya no reparais en la cesta?
- Rag.* Y tú eras el que cantaba?
- Ped.* Esta es otra: la firmeza y fresca de mi voz, con otra alguna pudiera equivocarse?
- Rag.* Creí que oía voces diversas.
- Ped.* Los ecos que se repiten por todas esas cavernas os lo hanian parecer.
- Rag.* Este Pedro mil sospechas me causa... si con su prima estará de inteligencia? pero à qué fin? sin embargo no sé qué mi alma recela. *registra.*
- Flor.* Yo estoy temblando: por Dios haz que se vaya.
- Ped.* Si fuera tan fácil como el decirlo, ya estaria tres mil leguas de aquí.
- Rag.* Di, te ha encargadado Duncana que à la mina descendieras?
- Ped.* Lo que es encargarme, no; que yo me ofrecí de buena voluntad, porque tenia que hablaros.
- Rag.* De qué materia?
- Ped.* Brava disculpa me ocurre: *ap.* pues señor, no se os acuerda que me encargaste que fuese...
- Rag.* A dónde?
- Ped.* De aquí una legua à mandar que los soldados avanzados se vinieran replegando...
- Rag.* Basta, basta.
- Ped.* Por si acaso una sorpresa de parte de los parciales...
- Rag.* Que calles digo.
- Ped.* Esa es buena: pues no me he de disculpar?
- Rag.* Y por qué con la presteza neceraria no has cumplido mis órdenes?
- Ped.* La respuesta os la podeis dar vos mismo.
- Rag.* Atrevido!...
- Ped.* Valga flemma, y atended: si los soldados al fuerte no se replegan, vos tenéis la culpa.
- Rag.* Yo?
- Ped.* Si, señor, y si por esa razon alguna desgracia sucediese; recibirais castigo del Palatino: pues, señor: segun las nuevas órdenes, puede salir nadie de la fortaleza sin un pasaporte vuestro? no estaria yo de vuelta si vos me lo hubieseis dado?
- Rag.* Dices bien, y de mi necia distraccion originarse podrian mil contingencias fatales: yo te suplico que hagas todo cuanto puedas para reparar la falta cometida, si deseas ser recompensado: vamos, sube, sube.
- Ped.* Si supierais la poca gana que tengo.
- Rag.* Tú quieres con mi paccincia

acabar? *Saca la espada.*

Ped. No, señor, no:

Sube por el madero.

ya subo, y mas que de priesa.

Rag. Señora mia: Duncana, sino conoce, recela que me interese por vos; que este Pedro...

Flor. De su lengua no oisteis satisfacciones cumplidas?

Rag. A pesar de ellas sospecho que le ha enviado Duncana, porque advirtiera si acaso en vuestro favor templaba yo las violentas órdenes del Palatino; mas yo todas sus cautelas desprecio: y os serviré contra todo quanto quiera intentar esa muger sin piedad; y solo os ruego mi afecto que no olvideis, hermosísima Floresca, que me prometisteis daros por obligada.

Flor. No fuera yo noble, si agradecer no supiese las finezas: contad conmigo lo mismo que yo cuento con vos.

Rag. Esa confianza que mostrais basta para recompensa de su cariño: quedaos con Dios: fuerza es que vuelva con disimulo á observar todo lo que aquí suceda; que la venida de Pedro me ha llenado de sospechas...

Edu. Esposa mia, á pesar de la situacion funesta en que nos hallamos, creo que de la libertad nuestra conseguiremos el fin, si Duncana hace que sepan nuestros parciales y amigos los peligros que nos cercan;

pues acudirán sin duda á socorrernos.

Flor. Proteja el cielo sus intenciones y buen descom...

Sale Duncana. Floresca, por la puerta, no os movais vos, que de arriba os exponeis á que os vean.

Edubinsqui se cubre con el pilar de modo que no le vean de arriba.

Flor. La inquietud que en vos advierto mis cuidados acrecienta.

Dunc. ¡Ay desventurados hijos de mi bienhechor! la adversa fortuna que padeceis vuestros peligros aumenta por instantes: de su ceño la ojeriza á tanto llega, que Zamosqui solamente con sus celos se aconseja y con su temor; y así receloso de que puedan los partidarios, á quienes vuestro destino interesa con el oro y con las armas desvanecer sus ideas; ha resuelto deshacerse de un rival, á quien detesta con todo su corazon, y hoy determina que muera vuestro esposo.

Flor. Ah! el unimo golpe acabará con mis penas.

Ragatz comparece á mitad del madero, pero de modo que no puede ver á Edubinsqui.

Dunc. No tanto os desconsoléis; pues que mi amistad os resta, y sabré morir por vos.

Rag. Pues ya de su inteligencia reciproca no me puede quedar ni aun una ligera duda, al instante á Zamosqui voy á dar de todo cuenta.

Flor. Dios santo! si de este modo atribulais la inocencia, qué horrible será el castigo que á los malvados reservas!

Dunc. No es tiempo ahora de tristes exclamaciones y quejas, sino de resolución, energía y fortaleza: yo he imaginado un medio, y es el único que resta para poder substraeros de Zamosqui á la violencia: desesperado parece, pero cuando nos estrecha el peligro, suele ser la temeridad prudencia, y pues que tenéis valor, y el númen eterno vela sobre el inocente, oidme. Mientras que duren las negras sombras de la fria noche, por esa puerta de rejas saldreis á una sala baja, que comunica á una amena estancia del jardín; luego seguireis á la derecha un terrazo, á cuyo fin encontrareis una puerta que dá al campo: esta es la llave como la naturaleza hace inexpugnable el fuerte: por aquí no hay centinelas: y para cualquiera caso é imprevisible contingencia, con estas armas podeis

Le dá unas pistolas.

tratar de vuestra defensa; y hallarós de aquí muy lejos para el punto que amanezca.

Edu. Y vos, Duncana?

Dunc. No corro peligro: cuando yo crea que estais ya tan alejados que nadie alcanzaros pueda; soy voces, vienen, y á este madero atada me encuentran (que esto Pedro y yo lo haremos con la mayor diligencia). Yo supondré que un desmayo, efecto de la fiera con que vos me habeis tratado, ha impedido que pudiera

denunciar vuestra evasión mas pronto: Zamosqui es fuerza que lo crea, y aun que aplauda mi celo; y á esto se agrega que como el traidor Ragotz está encargado de vuestra custodia, de vuestra fuga caen sobre él las sospechas.

Edu. Muger generosa!

Flor. Cómo podremos tantas finezas recompensar?

Dunc. No perdiendo tiempo en inútiles muestras de gratitud, lo que importa es que no olvideis las señas: la sala baja, el jardín, el terrazo, y por la puerta del campo...

Cae de arriba una piedra con un papel atado.

pero que es esto?

Válgame Dios! una piedra y atado en ella un papel! *Lo suelta.* Qué será lo que contenga?

Veámoslo, pues.

Lee. "Ragotz ha descubierto que Duncana os favorece."

Flor. Infame!

Edu. Murió la esperanza nuestra.

Lee.

Dunc. "Y acaba de participárselo al Palatino, el cual se dispone para bajar cuanto ántes á las minas: procurad por algun medio evitar el golpe, que si conseguis solas tres horas de dilacion, podeis contar con vuestra absoluta libertad."

Edu. Mas qué medio puede haber?

Flor. La muerte, la muerte fiera, que es el único recurso del infeliz.

Dunc. Si pudiera.... *Discurriendo.* pero es materia imposible.

Edu. Si el valor....

Dunc. Nada remedia; pero decidme, conoce el tirano vuestra letra?

Flor. Si.

Dunc. Pues no desconfiéis: cautela contra cautela opongamos, y este libro de memorias ahora sea instrumento de salud: escribid luego á cualquiera Alcalde ó amigo vuestro, el que se hallare mas cerca de este Castillo, implorando su auxilio, y que la respuesta se la dirija á Ragoitz, como sugeto de vuestra absoluta confianza. *Floresca escribe.* Vos ocultaos en esta concavidad, sin perderme de vista, y á cualquier seña que yo os hiciere, salid.

Edu. No será mejor que vierta su infame sangre....

Dunc. El valor para ocasion mas estrecha reservad; vuelvo á deciros que os oculteis, y la tierna Angela quede conmigo: no temais nada por ella, que de su seguridad respondo con mi cabeza.

Se oculta Edubinski. Floresca entrega á Duncana lo que ha escrito y dice ésta aprobándolo.

Perfectamente: hija mia, toma este escrito, y atenta siempre á todas mis acciones, cuando vieres que una seña con la cabeza ó las manos te hago, con toda cautela arriandote á Ragoitz, dentro de la faltriquera de su pellica....

Ang. Ya entiendo: sí, sí, lo haré de manera... pero oigo pasos y ruido.

Dunc. Zamosqui sin duda llega: él es, ánimo, señora, que aquí es menester firmeza.

Se oculta Angela tras del Pilar, Edubinski se mantiene oculto, y salen

por la puerta de rejas Ragoitz y Zamosqui, y cuatro Cosacos con luces.

Rag. O generosa Duncana! ahora la recompensa recibireis de la fe y del celo que os alienta.

Dunc. Bien te entiendo; mas el triunfo ya veremos por quién queda.

Rag. Aquí tenéis la muger que exteriormente severa, vuestro amor y confianza ingratamente atropella, pues en este mismo sitio la he visto dar á Floresca auténticos testimonios de cariño, y proponerla auxilios proporcionados para su evasion.

Dunc. Si fuera posible que el Palatino formase alguna sospecha de una muger, que diez años le sirve, dándole pruebas de lealtad inviolable, era preciso siguiera que la acusacion naciese de algun hombre, cuyas prendas inspirasen confianza, y no de quien hace apenas un año que sirve aqui extranero, que fomenta solo intrigas ambiciosas; y que con indiferencia no puede ver el favor con que mis servicios premia el Palatino, y por eso en ocasiones diversas ha inventado seducirme, y viendo que mi prudencia ha evitado sus engaños, con invencion tan grosera solicita... pero en vano es que mi concepto pierda.

Zam. Qué es lo que escucho!

Rag. Que á tanto extremo tu ficcion llega! Yo he tratado seducirte? y podrás dar una prueba

de lo que afirmas?

Dunc. Traidor,
si hasta aquí tuve paciencia,
si hasta aquí, por no perderte,
silencio impuse á mi lengua,
puesto que mi indignacion
de tan extraña manera
provocas, verá Zamosqui
tu perfidia descubierta:
Examinad á Madama,
Señor, y á su hija tierna;
que en vano de mí se oculta,
y él mismo ha traído á esta
lóbrega estancia este día
para obligar á Floresca.

Coge de la mano á Angela y la empuja hácia Ragotz, y la dice aparte con mucha prontitud y disimulo.
Ahora es tiempo. (*ap.*) Preguntadles
Angela le pone á Ragotz el papel en la pellica.

si las ha hecho mil ofertas,
y si las ha prometido
librarlas de la severa
vigilancia de la infame
Duncana, que su fiereza
estos defectos y otros
me aplica.

Rag. Si hay en la tierra furioso.
verdad, la mia....

Ang. Soldado,
cuidado con que no mientas,
porque te castigarán.

Zam. Es verdad esto, Floresca?

Flor. Es muy cierto que Ragotz
compadecido á mis penas
me ha ofrecido su socorro,
y en premio de su fineza
únicamente lexigia
que agradecida le fuera
solo en cuanto....

Zam. Basta, basta.

Rag. Soy perdido.

Zam. Tú atreverte á la belleza
en que tu señor adora?
tú al dueño de mis potencias
pedirle agradecimiento?

Rag. Señor, por Dios que me atiendas.

Zam. Y qué podrás oponer
á tan evidentes pruebas!

Rag. La verdad, la verdad sola;
ella será mi defensa;
porque si yo hubiera sido
capaz de traicion tan fea,
si hubiese puesto los ojos
en esta Dama, estuviera
ahora en este lugar?
Cruzando montes y selvas
desde Sandomir aquí
no la he traído? pudiera
alguno haberme estorbado
el apoderarme de ella
sin que de tal atentado
quedara en ni aun leves señas?

Zam. Dice bien.

Dunc. Para acabar
tan pesadas diferencias,
y decidir quién de entrambos
es culpable, solo os ruega
mi zelo que se registre
ese vil, porque se encuentra
en su poder una carta,
que le ha entregado Floresca,
sin que todo su cuidado
contra mi acecho valiera.

Rag. Yo carta? yo escrito alguno?
A una seña de Zamosqui, lo registran, y en la pellica hallan el libro de memorias.

regístrese enhorabuena:
mi lealtad... mi opinion...
mas que es lo que miro? horrenda
traicion!

Le sacan el libro, y lo presentan.

Dunc. Ved si en ese libro
de memorias la certeza
de mi verdad se confirma.

Rag. Llegó mi muerte. (*ap.*)

Zam. La tierra
es de Floresca, no hay duda,
y dice de esta manera.

Lee. «Al Palatino de Polonia: Noble
«amigo; mi esposo, mi hija y yo
«somos prisioneros del feroz Za-
«mosqui, que nos tiene encerra-
«dos en las minas de Minski:

„El Cosaco que os entregará este libro de memorias es de toda nuestra confianza : bien podeis fiarle cualquiera secreta comision; porque ademas de su fidelidad y conocido valor, es secreto é im- placable enemigo de nuestro per- seguidor.”

Rag. Pérfida muger!

Zam. Traidor!

Rag. Señor, oidme.

Zam. La lengua

suspende, porque no cabe en culpas tan manifiestas disculpa alguna; al momento desnudadle : atado sea *lo hacen.*

á ese pilar, entretanto que mi cólera decreta suplicio correspondiente á tan desusada ofensa.

Le atan á un anillo de hierro que habrá en el pilar.

Rag. Poco tardareis, Zamosqui, en conocer mi inocencia, y arrepentirte de haber fiado de esa perversa.

Zam. Donde está preso Edubinsqui?

Dunc. En la mina inferior.

Zam. Venga la llave.

Saca la llave de la pellica de Ragotz.

Dunc. Aquí está, Señor: yo misma abriré la reja. *lo hace.*

Zam. Registrar quiero la mina, y ver si cumplidas quedan mis órdenes: id delante:

A los Cosacos.

Tú, Duncana, aquí me espera.

Dunc. Así lo haré.

Bajan los Cosacos, Zamosqui los sigue, y cuando ya todos se han desparecido, despues de una breve pausa, Duncana hace señas á Edubinsqui, y este sale.

Ahora es tiempo:

al punto cerrad la reja:

huid todos, huid todos,

ni un solo instante se pierda:

dad un toque por señal, que es precisa diligencia:

Toca y baja el cesto.

á vuestra hija y esposa poned al punto en la cesta.

Flor. A dos toques subirá.

Dunc. No hay duda que esa es la seña.

Rag. Ellos son: de huirse tratan: que desatarme no pueda!

Dunc. En la parte superior solo están de centinela

dos Cosacos: cuando os vean con la gorra y la pellica de Ragotz, fuerza es que os tengan por él: las sombras ayudan al engaño; y cuando fuerais conocido, armas llevais para haceros paso: apriesa.

Edu. Cuánto siento no llevaros!

Dunc. Abrazadme por postera vez, y luego atadme.

Flor. Ataros?

Dunc. Es precisa diligencia, para poder disculparme: sabe Dios cuánto me pesa!

La ata á otro anillo de hierro de los muchos que habrá clavados en lo que figuran rocas, y si ser puede de modo que Ragotz y Duncana no se vean, para lo cual puede servir el pilar interpuesto: toda esta última escena se ha de hacer con mucha rapiéz y en voz baja, para que Ragotz nada entienda.

Dunc. Fingid que me maltratais, y que me impedís que pueda alzar la voz, y un pañuelo ponedme en la boca.

Edu. Sea, pues vos lo queréis.

Dunc. Traicion; Zamosqui. *Gritando.*

Edu. Calla, perversa.

Rag. Qué escucho!

Edu. Mas para que no estorben nuestras ideas con las voces, este lienzo freno sea de tu lengua.

A Dios; muger generosa.

La abrazan los tres: da dos toques

y suben.

Rag. Ellos huyen, no me queda mas recurso que morir rabiando.

Flor. Bondad inmensa, dirige á puerto seguro los pasos de la inocencia.

ACTO III.

Plaza de Castillo toda cerrada; pero de modo que el fondo le ocupe una parte de muralla, que no estorbe ver un lago que hay á la parte exterior, sobre cuya puerta hay un puente practicable que tiene su cerradura por un lado; sobre el puente hay una garita, que está de espaldas al lado izquierdo del teatro. En el mismo lado como detrás de la muralla hay una alta torre, cuyas ventanas tienen rejas, y se abren con candados. A la parte interior del teatro y tambien á la izquierda hay una puerta del Castillo, que sale al campo; y en medio tiene una regilla de registro: esta puerta debe tener cerrojo. Salen Edubinski, Floresca, Angela, y aparecen algunos Soldados de centinela.

Edu. Esta, segun las señales, es la puerta por donde hemos de salir al campo; mas Duncana lo erró, diciendo que no habia Centinelas; pues al esca o reflejo de las estrellas, á un hombre en esa Garita veo, y aunque pudiera fingir que soy Ragotz, atendiendo al traje que me disfrazo, no dejará el paso abierto, si la seña y contraseña no le doy: á lo violento acudir solo conviene cuando no haya otro remedio. Ruido de gente se escucha: si pudiéramos ponernos tras de la Garita, acaso

pudiera por este medio saberse la contraseña, y se logiaba el efecto; pues es fuerza que las rondas recorran todos los puestos.

Ang. Quereis que yo vaya allí?

Flor. No, hija mia, no consiento que te adventures á tanto.

Ang. Mamá, porque tienes miedo? no me has dicho muchas veces que Dios cuida de los buenos hijos?

Se adelanta hacia la Garita: Floresca contenida por Edubinski, dá un grito, que despierta al Cosaco que estaba de Centinela dormido.

Flor. Angela!

Edu. Qué haces?

Cos. No hay que hacer, valiente sueño he echado! por fortuna no ha recorrido este puesto

Edubinski se arrima á escuchar lo que habla el Soldado.

el Comandante Ragotz:

buen la hubiéramos hecho!

Si me encontrase dormido me ahorcaría, ó por lo ménos

dispondria que me diesen dos mil palos: yo lo temo

y casi no le conozco, porque ayer fué el dia primero

que lo ví, y lo que es el rostro no le miré sino al vuelo.

No es peor el diablo, segun lo dicen mis compañeros.

Pero hace un frío terrible, daremos cuatro paseos

para entrar algo en calor.

Edu. Ven hacia aquí.

Se retira á un lado y Floresca.

El Cosaco sale de su Garita, tras de la cual se ha escondido Angela: el Cosaco pasea por entre el muro y la Garita, y se pasea á lo ancho del teatro desde detrás de su Garita y hasta el muro que cierra la escena, de modo que Angela por no ser vista se mete en la Garita, y apenas ha entrado en ella llaman á

la puerta.

Ang. Válgame Dios! Soy perdida!

Cos. Quién vive?

Abriendo la regilla que habrá en medio; pero con preocupacion: el Comandante de la Patrulla responde por la parte de adentro.

Com. Patrulla.

Cos. Bueno,
acérquese el Comandante
para dar la seña, y luego
la contraseña.

Ang. Qué escucho!

esto es lo que yo deseo.

Com. Amor, y Polonia. *Por la reja.*

Cos. Eso es,
ya abro la puerta.

Abre el Cosaco, y se coloca delante de la Garita, de modo que oculta á Angela, mientras pasa la patrulla, y luego que esta desaparece cruzando el teatro, el Cosaco echa el cerrojo, y llave á la puerta, para lo cual se vuelve de espaldas, y en tanto Angela sale de la Garita, y se reúne á sus padres: el Cosaco vuelve á meterse en la Garita.

Ang. No quepo
en mí de alegría.

Edu. Hija?

Ang. Amor y Polonia: esto
es lo que han dicho por seña
y contraseña.

Flor. Los cielos *abrazándola.*
te colmen de bendiciones.

Edu. Quedaos aquí, mientras llego
y al centinela examino.

Cos. A esta parte pasos siento:
Quién vive?

Edu. Ragótz.

Cos. El es;
pues como va amaneciendo,
reconozco el traje mismo,
que aun llevaba.

Sale de la Garita, se cuadra y llega Edubinsqui.

Edu. Me acerco
y la consigna le doy. *bajo.*
Amor y Polonia.

Cos. Bueno!

si llega ántes soy perdido.

Edu. Orden de Zamosqui tengo
para llevar dos mugeres,
sin málograr un momento,
á la otra parte del lago;
y así abre la puerta.

Cos. Pero
yo no puedo obedecer.

Edu. Cómo que no? qué oigo Cielos! *ap.*

Cos. El Palatino ha mandado
que á nadie por este puesto
le deje salir.

Edu. Te olvidas
de que yo en su nombre vengo?

Cos. Si probar mi exactitud *ap.*
intenta por este medio?

Vive el Cielo, no ha de ser:
desengañaos, que entiendo
mi obligacion; pasad vos,
si gustáis; pero no dejo
á otro ninguno, pasar
sin órden nueva, y viniendo
por el regular conducto.

Edu. Aquí no hay otro remedio *ap.*

que asurtarlo: Miserable,
ahora estás alarde haciendo
de exactitud, cuando ha poco
que te hallé en profundo sueño
sumergido? abre, ó sino
al instante te relevo
y te hago ahorcar.

Cos. No, señor,
voy al punto á obedeceros.

Abre el Cosaco, en tanto llegan Floresca, y Angela.

Edu. Acercaos, y pasad: *pasan.*
cierra la puerta al momento,
y sino es al Palatino,
que á nadie abras te prevengo.

Vase y cierra el Cosaco.

Cos. Quedo muy bien enterado;
abre ó sino te relevo
y te hago ahorcar? para el diablo
que resistiera precepto
semejante, en él lo mismo
es el decirlo que hacerlo
segun dicen todos; mas

sinto me sorprende el sueño...
Ruido de instrumentos militares que tocan al arma.

pero alguna novedad
 muy grave ocurre, pues siento
 tocar al arma.

Duncana, Soldados, y Zamosqui que sale precipitado y dichos los primeros versos se dirige al Centinela.

Zam. No sé cómo no me mata
 la actividad del despecho
 que concibo; ha Centinela?

Cos. Estoy temblando de miedo.

Zam. Por esta puerta ha salido
 alguno?

Cos. Señor....

Zam. Di presto.

Cos. El Capitan ha salido....

Zam. Qué dices?

Cos. Por orden vuestro
 me ha dicho que conducia
 dos mugeres....

Zam. Al momento
 salid todos, y seguidlos,
 que no pueden estar lejos.

El Centinela abre la puerta, y salen los Soldados, y en tanto dice Duncana.

Dunc. Imposible es que se escapen,
 porque los han de hacer presos
 en este momento mismo
 los soldados, que salieron
 ántes, por la puerta grande
 del Castillo, aun cuando de estos
 se libertasen: ahora *ap.*

imposible es socorrerlos. *(nela.*
Zam. Tú pagarás el descuido al Centi-
 ó la traicion.

Cos. Yo no entiendo
 cómo he podido enojaros.

Zam. Tal dices, cuando los medios
 de huir has proporcionado
 á mis enemigos?

Cos. Pero
 el Comandante me dijo....

Zam. Qué Comandante? perverso,
 no conoces á Ragotz?

Cos. Pues señor, no vino el mesmo?...
Zam. Finge, iguorante, traidor.

Cos. Yo, señor, ha poco tiempo
 que os sirvo, y no bien conozco
 á Ragotz: ademas de esto,
 el que á mí se presentó
 me dió la consigna, y cierto
 que me la dió bien, señor.

Zam. Desventurados de aquellos
 que mis órdenes no cumplen,
Paseándose agitado.
 su castigo será horrendo.

Dunc. Si habrán podido alejarse! *ap.*

Sale Ped. Ya están aquí; ya cayeron. *por*
Dunc. Qué es lo que oigo? *(el puente.*

Zam. Relevad
 á ese soldado al momento,
 y llevadle á un calabozo.
A un Cabo, que lo hace.

Cos. Señor....

Zam. Escusa los ruegos
 si no quieres aqui mismo
 morir.

Dunc. Cómo pudo Pedro
 haber sido.... Pero él llega.

Ped. Señor, aquí me presento
 lleno de satisfaccion
 por haber sido instrumento
 de tu venganza; volvía
 de intimar por orden vuestro
 y del Capitan Ragotz
 á los avanzados puestos
 de los montes, que al Castillo
 volviéran, cuando á quinientos
 pasos de la fortaleza
 á los fugitivos veo
 que procuraban ganar
 del bosque lo mas espeso:
 al instante los persigo,
 atropellando los riegos;
 ellos el paso aceleran,
 pero en vano; porque dieron
 con los Cosacos que habian
 salido (segun dijeron)
 por la puerta principal
 del Castillo; en el momento
 les apuntan los fusiles;
 yo les grito: deteneos,
 que es fácil aprisionarlos;
 y conseguimos con esto

que Zamosqui satisfaga su venganza, por el medio que le parezca mejor: en virtud de este consejo que les pareció acertado, nos repartimos, y luego rodeándoles, hicimos vana su fuga: yo espero que os dareis por bien servido de mi inclinacion y zelo.

Zam. Y tanto, que una increíble *Salen.* recompensa te prometo.

Ped. Vedlos allá; ya los traen. *Se ven pasar por el puente los Cosacos que traen presos á los tres: Zamosqui se adelanta á verlos, y Pedro se llega á Duncana.*

Zam. Cumpliéronse mis deseos!

Ped. Si yo no llego los matan, *Aparte á Duncana.*

y ha sido mejor acuerdo preservarles, por si acaso podemos favorecerlos.

Dunc. Eso sí, que ya temblaba de tu traicion.

Ped. Vive el cielo...

Salen Edubinski, Floresca, Angela, y Soldados.

Zam. Imaginabais, traidores, que yo no tendria medios bastantes, para romper, ayudado del esfuerzo de mis soldados, las rejas, y cortar vuestros intentos? pensabais que los maltratos de Duncana, cuyo zelo...

Edu. Basta bárbaro: egecuta tu rigor, que yo contento moriré por no mirarte ni oírte.

Zam. Tu atrevimiento ya es insufrible. *Tira de un puñal, vá á darle, y Floresca se interpone.*

Flor. Zamosqui, ten compasion, ó primero dame á mí la muerte.

Zam. Aparta.

Flor. Zamosqui, detente. *A sus pies.*

Zam. Es vano empeño: esas gracias que hasta ahora fueron de mis iras freno, ya solo son incentivos de mi colérico incendio; esos brazos que levantas hácia mí, piedad pidiendo; esos ojos cuyas luces ciegan el entendimiento, y que nunca los fijaste en mí sino con desprecio, con desden, y con orgullo: en fin, todo ese portento ese compendio de gracias y hermosura, que otro tiempo me inspiró amor, solo excita mi enojo y resentimiento, y de furor transportado, delirante, loco, ciego, seria capaz sin duda de envilecerme al extremo de ensangrentarme en tí misma, sino me quedára el medio de huir de tí, por huir de mi oprobio: ven, que quiero

A Duncana.

darle mis órdenes.

Dunc. Oyes, *A Pedro.* ten cuidado de los presos. *vanse.*

Ped. Cierra esa puerta, *Al Centinela.* y vosotros *A los Cosacos.* retiraos á este puesto.

Los retira bien aparte del Centinela, y demas Soldados.

Flor. Ay Pedro, ay amigo mio, que infeliz destino el nuestro!

Ped. Como solo una hora tarde el Palatino en haceros víctimas de su furor, la libertad os prometo; instruido por mi prima de vuestra idea, lo espeso del bosque fuí á registrar, hallé los amigos vuestros, á quienes despues de haberles participado el aprieto en que os hallabais, les dije que el mas seguro consejo

era el sorprender á todos los Cosacos , y vistiendo sus trages , fingiendo ser tropas del Destacamento que se debe replegar, venir á favoreceros.

Sale Dunc. Oia Soldados , al punto conducid los prisioneros cada cual á su prision, porque resuelvo ponerlos por mi misma en esa torre y guardar la llave , á efecto de que para su evasion nadie pueda socorrerlos.

Edu. Y tengo de consentir....

Dunc. Toda resistencia es yerro; esto importa.

Ea llevadlos. *Los llevan.*

Dunc. Avisaste á los parciales de Fdubinski?

Ped. Sí por cierto.

Dunc. Cuándo llegarán aquí?...

Ped. Sobre poco mas ó ménos, de aquí á media hora.

Dunc. Ya es tarde.

Ped. Ya es tarde? Qué estás diciendo?

Dunc. Que enfurecido Zamosqui ha llegado á tal extremo,

que en esa torre á los tres

cautelosamente ha puesto,

y me ha pedido la llave,

porque segun considero,

ya de todos desconfia,

y pretende por sí mismo

executar su venganza

al mas mínimo recelo

de algun ataque; no sé

qué partido tomaremos.

Ped. Libertarlos es forzoso de él; sino les corta el cuello.

Dunc. Pero cómo?

Ped. A todo trance.

Dunc. Yo bien discurría un medio;

pero es muy aventurado...

Ped. Ahora te andas con eso?

morir hoy , ó de aquí á un año

para mí todo es lo mismo;

el asunto es librtar...

á los tres : conque no andemos en peligros , ni demonios, dí lo que te ocurre presto.

Dunc. Las ventanas de la torre tienen candados , yo tengo las llaves de todos.

Ped. Bravo.

Dunc. Mas cómo se las daremos?

Ped. Cómo? arrimando una escala.

Dunc. Pero que te han de ver pienso las Centinelas.

Ped. Lo que es la del puente , no lo creo, porque la garita está de espaldas.

Dunc. Pues yo me ofrezco á divertir á esta otra.

Ped. Pues todo quedará hecho en ménos de dos minutos; dame la llave.

Dunc. Te advierto que atiendas á todas partes, que si te ven nos perdemos.

Ped. Está bien. *Encaminándose á la Centin.* Adónde vais? *(puerta)*

Dunc. No , no-tenéis que oponeros, pues por órden de Zamosqui

camina al destacamento

que por instantes se espera.

Abre; sale Pedro: el Centinela cierra, y vuelve á su garita.

Centin. En buena hora.

Dunc. Además de eso

es mi primo , y si quisiera

romper los justos preceptos

del Palatino , á quien tanta

confianza y favor debo,

no se lo consentiría.

Centin. Eso se dá por supuesto;

pero por qué estais aquí

con un frio tan intenso

como el que hace?

Dunc. Zamosqui

me ha encargado que al momento

Se vé ya á Pedro, arrima una escala,

y sube por ella mirando á todas partes,

y llegando á la reja llama con disimulo. Floresca se asoma, y en tanto Dunc-

cana y el Centinela prosiguen.
que llegue la tropa, vaya
á darle aviso, y sospecho
que puede tardar muy poco.

Centin. Que estais muy inquieta observo:
si alguna pena os aflige
y en algo servir os puedo,
bien podeis contar conmigo
para cualesquiera empeño.

Dunc. Yo aprecio mucho el favor
que me dispensais... mas cielos
no es Zamosqui el que hacia aquí
se dirige? O Dios! Si Pedro
me entenderá.

*Con el posible disimulo, y con un pa-
ñuelo hace señas á Pedro; este las ad-
vierte: repara que viene Zamosqui, y
baja aceleradamente la escalera: pero
la reja de la torre queda ya abierta,
de modo que desde el teatro se vea
sin reja alguna ventana.*

Salé Zam. Todavía aquí Duncana?
en su semblante estoy viendo
pintada la turbacion;

Mira con disimulo á la reja.
la reja está abierta, y temo
que alguna traicion...

Dunc. Por mas
que á disimular me esfuerzo,
imposible es no conozca
la alteracion que padezco.

Zam. Duncana, qué haces aquí?
ó me equivoco, ó te encuentro
muy conterbada.

Dunc. Señor,
á la verdad que no tengo
motivo alguno que pueda
conturbarme.

Zam. Así lo creo.

Dunc. Sin duda no ha visto nada.

Zam. Supongo que mis preceptos...

Dunc. Ya quedan egecutados.

Zam. Conque ya ha marchado Pedro
donde mandé?

Dunc. Sí señor.

Zam. Duncana, yo te concedo
una confianza entera;
tiembla de dar en tu pecho

acogida á la traicion;
en lo que está padeciendo
Ragtz por no ser leal,
puedes aprender á serlo:
piensa que si me empeñases,
no sé hasta dónde el extremo
de mi venganza llegará,
porque no habria tormento
que pudiese apaciguar
la cólera de mi pecho.

Dunc. No teneis necesidad
de presentarme el espejo
del castigo de un traidor,
para vivir satisfecho
de mi zelo y lealtad,
y gustosa me someto
á todo vuestro furor,
si llegais á convencerme
y convencerme de infiel.

Zam. Pérfida! ahora veremos
cómo sale del apuro:
Duncana, entregame luego
las llaves de los candados
de las rejas.

Dunc. Dios eterno!

Zam. Pues están en tu poder
con otras muchas, y quiero
guardarlas yo mismo.

Dunc. Qué
le diré?... Yo no acierto
á hablar... Voy, señor, al punto
á traerlas; pues las tengo
en mi cuarto.

Zam. No, no vayas
que es inútil: ¿no estás viendo
que está abierta la ventana
de la torre?

Dunc. No hay remedio.

Zam. Pues cómo ha de estar la llave
en tu cuarto? es este el zelo
que ponderabas, infame?
todo lo sé: tus intentos
no me son desconocidos.

Dunc. Señor...

Zam. Ahora penetro
la inocencia de Ragotz,
y que obrabas del concierto
con mis enemigos, dando

disposiciones, y medios para su evasión: muger artificiosa, el momento de la venganza ha llegado, tú bajarás á los senos de las hórridas moradas donde Ragotz está preso, Ragotz, cuya vigilancia se oponia á tus deseos; pero yo sabré premiar su valor, y al mismo tiempo hacerte á tí padecer.

El Centinela del puente dá el quién vive: El Comandante del destacamento se acerca á su oído, hace como que le dice la seña &c. el Centinela abre luego la barrera, ó cerradura del puente, y el destacamento va desfilando.

Centinela. Quién vive?

Zam. Pero qué es esto? la tropa vá desfilando: este es el destacamento que esperaba, y llega á buena ocasion.

Dunc. Si serán estos los amigos y parciales de Edubinsqui? Zam. Yo recelo vil muger, que á la cautela de tu seductor talento hasta cuantos me rodean haya extendido su imperio: tal vez estoy circundado de enemigos encubiertos; mas yo haré que todos cuantos hoy están la guardia haciendo al castillo, no me puedan ofender; todos los puestos

Por la puerta donde está el Centinela van entrando los soldados precedidos de Polasqui que los capitanea, y se forman en batalla en el fondo del teatro.

entregaré á estos soldados, que de tus traiciones lejos, participar no han podido tus criminosos deseos; no tendras tiempo bastante para ganarlos, y hacerlos

cómplices de tus maldades, y el suplicio que decreto contra mi rival, al punto ha de tener cumplimiento: soldados, que mis banderas seguís, me jurais de nuevo fidelidad inviolable, y que los deberes vuestros cumplireis?

Polasqui y los suyos. Sí lo juramos.

Aparte á Polasqui.

Zam. Haced relevar los puestos; y á la cabeza del puente enviareis los mas selectos soldados, porque así nunca puedan sorprendernos los enemigos, que aunque imposible considero que hasta aquí puedan llegar sin saberlo yo primero, porque partidas volantes al campo enviar pretendo; con todo, la prevencion nunca está demás; veremos si ahora puedes lograr tus cautelosos intentos: soldados, esta muger á vuestra guarda encomiendo, no consintais se separe de este sitio, porque quiero que la egecucion presencie de mi rival:

Polasqui manifiesta que vá á obedecer. á traerlo

vamos al punto, y acaben de una vez tantos recelos.

Vase con algunos soldados.

Dunc. Víctima de gratitud voy á morir; solo siento no haber podido librar los hijos de un padre, lleno de bondad, que en mi familia dejó el agradecimiento vinculado con tan grandes beneficios; yo no debo á Zamosqui lealtad; no es mi señor; si me veo en su poder, es acaso

y no elección: valor tengo, me sobra esfuerzo sin duda para morir, y el consuelo único que yo podía tener, sería que Pedro huyese de este tirano, porque no acabara el resto de una familia infeliz pero virtuosa.

Durante este razonamiento se oye como á lo lejos una marcha militar, durante la cual Polasqui hace relevar las Centinelas, y envia ocho hombres al puente, á cuyos extremos se colocan; y hecho esto se acerca misteriosamente á Duncana.

Dunc. Qué es esto? dudosa.

Polas. Vuestro nombre?

Dunc. El nombre mio? con dulzura.

Polas. Que me lo digais os ruego, porque importa.

Dunc. Qué aventuro?

Duncana: y el nombre vuestro?

Polas. Polasqui.

Dunc. Conque seréis?...

Polas. Noble Polaeo.

Dunc. O consuelo! (veza.

ó esperanza!... y los Cosacos? Con vi-

Polas. Todos sorprendidos fueron, degollados, y sus trages...

Dunc. Son los que vestís? no es esto?

Polas. No hay duda; pero callad, que importa mucho al suceso.

Dunc. Y Edubinsqui?

Polas. Será libre.

Dunc. Y Zamosqui?

Polas. Será muerto.

Dunc. O providencial!

Polas. Callad, que vienen.

Salen Zamosqui, y Edubinsqui atadas las manos. Ragotz, Soldados, y luego Floresca.

Zam. Otra vez vuelvo

á decirte que perdones,

Ragotz, mi atropellamiento,

que mi liberalidad

sabrás darte el justo premio:

y ahora llégate al puente

á donde darás de nuevo la seña, y la contraseña que he mandado.

Rag. Yo obedezco.

Ragotz se vá al puente, hace que dá á un Cabo la seña, y queda colocado en medio.

Flor. Qué esto miro?... Esposo mio!

Ahora sale presurosa.

adónde vas?... Santos cielos!

Señor, ¿tendriais valor, sería tal el extremo de crueldad, que á mis ojos hicieseis morir al dueño de mi vida? si la mia puede ser el justo premio de la suya....

Zam. No te canses; te dije que era violento en el amor, y en el odio; verás á tu esposo muerto, y pudiera ser que entónces fuesen tus desdenes ménos.

Flor. Monstruo infernal, si pudiera decirte yo en algun tiempo que te amaba, no sería sino astuto fingimiento para tener ocasion de poder morir, bebiendo tu negra, tu aleva sangre, que es mortífero veneno, pues vívoras ponzoñosas solo criarte pudieron.

Zam. Apartad esa muger. *Lo hacen.*

Flor. ¡Ni aun el abrazo postrero podré darte, esposo mio!

Dunc. No sé cómo me detengo, y á consolarla no voy.

Zam. Bendad á ese hombre al momento los ojos. *Se resiste Edubinsqui.*

Edu. El varon justo

y fuerte, no tiene miedo

á la muerte, aunque la mire

llegar con el mas horrendo

aparato.

Duncana y Floresca estan guardadas por Soldados, la última inclinada sobre el hombro de uno de ellos, como agoviada de dolor. Los Soldado

ejecutores están algo adelantados; Edubinsqui y Zamosqui se colocan del modo que sea mas conveniente, y en la acción forman un cuadro agradable.

Zam. Vamos, alárde de constancia sin provecho; acabad con él, Soldados.

Polas. De esta suerte obedecemos. A una señal de Polasqui, todos apuntan á Zamosqui; los del Puente hacen lo mismo con Ragotz, de modo que queda en medio de dos fuegos, formando un cuadro general.

Zam. Qué es este? Qué haceis, Soldados? Polas. Su deber.

Edu. Sagrados cielos! Polasqui!

Polas. Sí; el mismo soy...

Zam. ¿Por qué no se abre el infierno y me sume en sus entrañas?

Aquí se hace un cuadro tambien general, porque Duncana corre á abrazar á Floresca que se halla atónita.

Edubinsqui desatado, corre á abrazar á Polasqui, y luego á Floresca, y al mismo tiempo sale Pedro con Angela, y poniéndola en poder de su madre, enarbola una hacha de armas que trae, amen azando la cabeza de Zamosqui: entre tanto atan á Ragotz.

Ped. Para enviarte allí, espero solo una señal, y verás que te despacho bien presto.

Dunc. Señora!... Edu. Amigo!...

Flor. Hija, Esposo!

Zam. Estos dulces sentimientos son para mí mas horribles que la muerte que deseo; descarga el golpe, la vida me es insoportable peso.

Edu. Imitando tu fiereza A Zamosqui. pudiera matarte; pero quiero ser clemente. Zam. Yo por mayor tormento tengo

el deberte un beneficio, que el morir mil veces. Edu. Eso es efecto de furor, yo te perdono. Zam. No quiero que me perdones. Polas. Ni yo su perdon consentir puedo; porque es un crimen atroz la piedad con los perversos, la Polonia entera pide su suplicio...

Zam. Y yo tambien lo pido.

Polas. El mejor acuerdo será llevarle á Cracovia, en donde lo entregaremos al gran Duque, que desea su castigo, y á este efecto me dió socorro.

Edu. En buena hora: Lo atan aprisionado, y el fiero

Ragotz, de la misma suerte, puesto que fué tan perverso, participe; tú Duncana, y tú, generoso Pedro, recibidme en vuestros brazos, y venid, á donde el premio debido á tantas finezas recibais. Flor. Nunca podremos desempeñar deuda tanta.

Dunc. La libertad en que os veo, es lo que yo mas estimo, y el premio mayor.

Ped. Y Pedro dice lo mismo.

Edu. Hija, Esposa,

Polasqui, amigos, no puedo mostraros mi gratitud al compás de mis deseos; pero nunca olvidaré de que debí al favor vuestro la vida, y la libertad que disfrutó: el santo Cielo de vuestras nobles virtudes corone el merecimiento.

FIN.

VALENCIA: IMPRENTA DE ILDEFONSO MOMPIÉ. AÑO 1818.

Se hallará en la librería de los Señores DOMINGO y MOMPIÉ, calle de Caballeros número 48; y asimismo otras de diferentes títulos, y un surtido de 200 Saynetes por mayor y menor.